

que en ese espejo se reflejen, si son en exceso sombrías, no es por culpa del espejo mismo sino de la propia realidad que durante algunas etapas históricas se tiñe de esa coloración. Para seguir viviendo con fe, es claro, conviene no olvidar que desde el primer día de la creación, cada noche, por muy oscura que sea, es sólo la anticipación de la aurora de un nuevo día.

EDMUNDO CONCHA.

<https://doi.org/10.29393/At388-58ASYM10058>

*“El Arbol Siempre Verde”, por Manuel Rojas.*

Editorial Zig-Zag, 1960

Los relatos de Manuel Rojas, así como también los poemas, constituyen casi todos una sentida y franca extraversión de sus duras experiencias en la lucha por subsistir, en la lucha por hacerse y sentirse hombre, por entender el mundo y entenderse a sí mismo, en la lucha por lograr una afirmación inteligente ante la vida.

Poco importa que en algunos cuentos no hable, o hable subsidiariamente, de su persona; siempre el núcleo del interés descansa en un gesto o en una escena que recoge y expresa lo más caro a la afectividad de Rojas: el sentimiento solidario frente al dolor, el compañerismo fraterno, la amistad profunda y leal.

Tanto es así que bastaría eliminar ese gesto o esa escena para que el relato se derrumbara al nivel de aquéllos pocos en que el escritor da forma a una comicidad de piedra o a una “filosofía a la violeta”.

La vida de Manuel Rojas se ha desenvuelto en medio de alternativas tan espectaculares que sólo le bastaría narrarlas objetiva, externamente, para hilar cuentos y novelas con más aventuras que un folletín de Dumas.

Pero no es la superficie de los hechos lo que le interesa dar a conocer. Únicamente en la medida en que esos hechos aprehenden o pueden ilustrar la ternura yacente bajo su rudeza, únicamente en tal medida los sintetiza a través de la imagen

artística. Así han salido sus mejores obras (No hay sensiblería en ellas. Los golpes enseñan a apretar puños y labios y a despojar las cosas de todo falso sentimentalismo). El sentido de hermandad de Rojas es áspero, viril, hasta agresivo, aunque siempre —o por eso mismo— resulta hondamente conmovedor. Ese es el trasfondo de su producción, y ése su valor literario esencial.

Escaso interés reviste que Rojas no se dé cuenta de ello y que afirme que no sabe por qué ni para qué escribe. El desentrañamiento de la vocación literaria, como el de otras vocaciones, permanece con frecuencia inaccesible para los propios escritores, pues multitud de impulsos subjetivos impiden que el proceso creador se les haga enteramente consciente.

Pero Manuel Rojas no cesa en los esfuerzos de penetrar en sí mismo y, aparte de la incorporación que de tales esfuerzos se advierte de modo creciente en sus relatos, escribe también artículos acerca de diversos asuntos, especialmente acerca de literatura, política y viajes, artículos de los cuales siempre constituye el objeto, el centro.

Es decir, Manuel Rojas se deja ganar también por la tentación de teorizar, por la tentación de obtener y exponer conceptos acerca de tal o cual tema que incide en sus inquietudes más permanentes. Y en esta tarea, complementaria de la otra, es donde Manuel Rojas muestra las hilachas o, por lo menos, algunas hilachas.

Vamos por partes.

Rojas es un hombre que, por lo general, utiliza en sus reflexiones un sentido común sano, realista; sentido común macerado en esta afanosa búsqueda de la supervivencia que ha sido su vida, y afinado por lecturas copiosas, preferentemente literarias. Pero, carece de cultura extraliteraria, carece de rigor, de amplitud de visión y, de consiguiente, si muchas de sus "verdades", perogrullescas o no, poseen a menudo el encanto y vigor de la revalorización espontánea, franca y descarnada de problemas cuestionados y hasta resueltos hace tiempo, no pocos de los resultados de su pensamiento son también decididamente desilusionadores, pues se exhiben arbitrarios, subjetivistas y presuntuosos.

“El Arbol Siempre Verde” lo muestra. No es por casualidad que el mejor de sus capítulos sea aquél, “Chile, País Vivido”, en que el escritor, en un intento de objetivar lo que representa el país para su sensibilidad, elabora estampas de tipos nacionales que ha conocido. Tales estampas resultan verdaderos cuentos, ya que, como los mejores de Rojas, están hechas sobre el contraste entre la sordidez y la ternura, entre el desamparo y la solidaridad, entre la acción brutal y la acción humilde...

Pero... ¡Los demás! El sentido común no desaparece, es claro; ni desaparece la sinceridad. Tampoco se pierde el característico humorismo de Rojas, humorismo seco, muy cargado a la ironía.

Todo esto, repetimos, se encuentra también en los demás ensayos, pero, al abandonar inevitablemente la nota afectiva y al hacer prevalecer el análisis racional, abre las espitas para que surjan con toda fuerza su individualismo anárquico, la prepotente semiignorancia, la rotundidad incontestable y ciega del sabio a medias.

Como muchos autodidactos, dignos todos de respeto y admiración, Rojas siente los vacíos de su instrucción asistemática, incompleta y unilateral. No obstante, en vez de desentrañar las raíces sociales de tal instrucción frustrada, prefiere convertirla en una situación estrictamente personal y sacar partido de ella. De ahí que, por un lado, se incline ante lo que no posee y, por otro, arremeta contra los profesores, los sistemas y los procedimientos científicos, como si dijera: “Me he bastado sin ustedes; esto demuestra que ustedes son inservibles”.

En verdad, es pueril, conmovedoramente pueril, la reverencia de Rojas por la “cultura”, por aquella cultura que permite a los escritores europeos “abordar temas de alta significación intelectual” (sic). Pueril, como irritante es la soberbia que le insurge al mismo tiempo, cual réplica interna.

Rojas posee razón de sobra para sentirse orgulloso de lo que ha hecho de su vida, expuesta en los primeros años a las inclemencias de una sociedad aniquiladora, pero redimida con tenacidad y reciedumbre y elevada a las cimas de la literatura hispanoamericana. Su orgullo, entonces, es legítimo y nadie podría hacerle reproches por sustentarlo. Pero ya no es tan legí-

timo cuando ese orgullo se transforma en soberbia y lo impulsa a teorizar: el admirable sentido común queda sometido, sin defensa, a todas las contradicciones de los informes conceptos doctrinarios de su dueño.

Sucede, como decía Engels, que el sentido común vive verdaderas tragedias puertas adentro si el individuo no ha llegado a obtener una visión integral, una comprensión profunda de la interdependencia y mutabilidad con que seres, procesos y cosas se presentan en la naturaleza y la cultura.

La carencia de método, de un criterio central, de una concepción clara de la vida, hace posible que en Rojas se den, en medio de aciertos indiscutibles, las más inaceptables arbitrariedades, inconsecuencias y afirmaciones superficiales.

¿Cómo calificar el hecho de que acepte, sin mayor análisis, que "de la literatura chilena están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia", y que achaque esa ausencia a la mediocre cultura de los escritores, o a causas raciales, o a la calidad "ametafísica" y hasta "antimetafísica" de los chilenos? ¿Cómo comprender que se lamente de la poca inquietud religiosa de nuestro pueblo y de que entre nosotros no hayan surgido grandes místicos? ¿Cómo conciliar su pasado revolucionario con las insinuaciones de que a Puerto Rico no le conviene la independencia?

Tomadas en su valor representativo, muchas de las reflexiones de Rojas atentan abiertamente contra la actitud vital y estética del creador de "Hombres del Sur", "Lanchas en la Bahía", "Hijo de Ladrón", etc. Por fortuna para la literatura chilena, tales obras, sin embargo, son ya invulnerables a los trastabillones de su ilustre progenitor.

YERKO MORETICH.

*"Eloy", por Carlos Droguett.*

Editorial Seix Barral, Barcelona, España, 1960

El año 1947 murió el "ñato Eloy", a manos de la policía. El presente relato de Carlos Droguett busca recrear las violentas